

teorema

Vol. XXIX/2, 2010, pp. 171-185

[BIBLID 0210-1602 (2010) 29:2; pp. 171-185]

REVISTA DE LIBROS

El filósofo y el lobo. Lecciones sobre el amor y la felicidad. Una historia real, DE MARK ROWLANDS, BARCELONA, SEIX BARRAL, 2009. 282 pp.

Mark Rowlands, profesor de filosofía en la Universidad de Miami, narra en este libro las enseñanzas que obtuvo de la convivencia con su lobo Brenin durante diez años. A pesar de que esta obra coquetea con la divulgación, el amo de Brenin es conocido en el mundo académico por sus posicionamientos éticos a favor de la protección de los animales.

A diferencia de otros libros que mezclan la filosofía con la experiencia concreta, aquí la vida no funciona a modo de excusa sino que la reflexión surge bien avenida con la sustancialidad del acontecimiento vivido. Por ello, el lector de *El filósofo y el lobo* no queda con la sensación fraudulenta de haber comprado un libro en que esperaba una buena historia y sólo recibió una amalgama aburrida para venderle filosofía.

Cada capítulo sirve para describirnos las andanzas del autor y su lobo, asomándose armónicamente a una reflexión particular sobre cuestiones de la filosofía relativas a la vida. Esta reseña va a detenerse en el segundo bloque sin desdeñar el primero.

El primer capítulo establece la diferencia entre la socialización de un lobo y la de un simio (entiéndase por simio el conjunto de seres que parten de esa raíz filogenética, incluido el ser humano). “El simio ve el mundo como una colección de recursos: cosas que podrá utilizar para sus fines [...]. El simio no tiene amigos, sino aliados. El simio no mira a sus compañeros simios, sino que los vigila” [p. 14]. El sujeto humano queda encarcelado en una escuela de lucha maquiavélica y cuantificadora. Su medio es el otro, del cual hace uso indiscriminado para sus propios intereses. Por su parte, “el lobo [...] nos recuerda que lo que posee verdadero valor no se puede cuantificar ni puede ser objeto de mercadeo” [p. 16]. Esta concepción devaluadora de la persona frente al animal (representado en el lobo) servirá de base a las doscientas ochenta y dos páginas.

El segundo capítulo comienza criticando abiertamente a aquellos que dictaminan que el animal (lobo) no es un ser que pueda razonar. Nuestro filósofo lo evidencia a los pocos meses de coexistencia con Brenin: “a mí se me antoja tremendamente divertido que algunos filósofos todavía cuestionen si

los animales tienen cerebro: si pueden pensar, crear, razonar, incluso sentir. Deberían dejar los libros y adiestrar a un perro alguna vez” [p. 45].

Justamente, la domesticación de su mascota (“hermano” lo denominará) conduce a Rowlands a defender una idea kantiana con aromas estoicos de la filosofía: “sin disciplina no existe la verdadera libertad: tan sólo libertinaje” [pág. 48]. Sin disciplina, tanto el animal (simio-hombre) como el lobo serían esclavos de sus deseos, impulsos y pasiones. De hecho, la instrucción permite a la persona la entrada en orbes de comprensión que lo libertan de la ideología y la alienación.

Esa racionalidad guarda una importancia nodal para la existencia de todo sujeto: lo ayudará a maximizar las cartas que la vida le ha dado en herencia. Si bien, no es posible cambiar la mano que toca a cada individuo, se puede optimizar los resultados obtenidos. Es más, “a medida que juega mejor esa mano la confianza en sí mismo aumenta. Disfruta con lo que aprende y quiere aprender más. Se vuelve más fuerte y, en consecuencia, más feliz” [pág. 55].

El capítulo tercero y el quinto nos dejan ver el rostro pesimista del profesor de la Universidad de Miami. Desde un cromatismo hobbesiano, defiende que la “intriga y engaño son la esencia de la forma de inteligencia social que poseen simios y monos” [p. 80] y, por extensión, la de los hombres. “Nuestra inteligencia científica y artística es consecuencia de nuestra inteligencia social; y nuestra inteligencia social consiste en nuestra capacidad de intrigar y engañar más que de ser víctima de intrigas y engaños” [pp. 80-81]. La conclusión es demoledora y se agrava cuando concreta históricamente la teoría: “Beethoven pudo componer la *Heroica* sólo porque él era el producto de una larga historia natural que giraba en torno a la capacidad de mentir más que ser el blanco de mentiras, y de maquinarse más que ser objeto de maquinaciones” [p. 81]. Huelga decir que rescata al lobo de esta censura

Ni que decir tiene que cualquier persona preguntaría por la otra parte de la cuestión: ¿acaso la inteligencia social no pudo haberse generado por la sofisticación del altruismo, la bondad, la amistad o el amor? A lo cual él responde, pensamos que con una insultante falta de evidencia crítica, empírica y observacional, que el amor y el altruismo es idiosincrático de personas y animales, constituyendo la maquinación el elemento distintivo del simio humano. He aquí que el contrato hobbesiano salta a las páginas de nuestro “lupófilo”: “la sociedad se basa en el principio de ‘guardarse las espaldas’ mutuamente o, como mínimo, en el de ‘si no me clavas un puñal en la espalda, yo no te lo clavo a ti’” [p. 146]. En un primer acercamiento, podría pensarse que el contrato es deudor exclusivo de la defensa personal; ahora bien, Rowlands recrudece el aserto: el objetivo consiste en el poder, el engaño [p. 158], el sexo y la violencia [p. 93]. Ilustra el caso señalando que “un lobo afortunado —macho o hembra alfa— sólo consigue practicar sexo una o dos veces al año [...], en comparación con el lobo, el simio es adicto al sexo” [pág. 93]. Da las últimas

pinceladas a su cuadro hostigador restando culpa al lobo frente al simio cuando ambos son violentos: el simio castiga con *premeditación* y el lobo con *impulsividad* [p. 96]. Si esto lo llevamos a una corte penal, obsta decir quién irá a la cárcel y quién será objeto de disculpa por parte del juez y del jurado.

El capítulo titulado “La bella y la bestia” reitera la dicotomía del autor. Después de lo visto hasta aquí, es ocioso indicar quién representa cada parte. La bestia que lleva todo simio-hombre dentro es suficientemente malvada para que se “regodee en el dolor, sufrimiento o la desgracia ajenos” [p. 117]. La misantropía o androfobia de Rowlands es manifiesta en observaciones como la siguiente: “Hay más actos malos y más gente mala de lo que nos gustaría imaginar o admitir (...). El mal se extiende por toda la sociedad” [p. 121]. Agrávese esto con el siguiente infierno humano: el ser humano gusta de crear debilidad en sus congéneres para así no verse derrotado [pp. 124-127]. Por tanto, tenemos aquí una negación humana al criterio darwinista. Aunque, valga nuestra pregunta, “¿por qué, si esto es así, la especie humana no ha empeorado desde hace tantos años?”. El desdén del amo de Brenin nos lega una contestación respetando el formato inquisitivo: “¿acaso no lo ha hecho?”.

El capítulo sexto se destina al estudio del concepto de felicidad. La caza de conejos de Brenin y la llegada de compañeros cánidos a la casa hacen reflexionar a nuestro irreverente autor al respeto. Incoa un tópico de los antisistema: la felicidad “se ha convertido incluso en un gran negocio” [p. 177]. A continuación, aduce la miopía existencial del simio: su equiparación entre felicidad y sentimientos. Añade la estupidez del simio en la consecución del fin perseguido: “Los yonquis de la felicidad [simios y humanos] comparten con sus primos los yonquis farmacológicos de siempre un ansia apremiante de algo que en realidad no les hace tanto bien y tampoco es tan importante” [p. 178]. La felicidad sería para el humano “sentimientos manifiestamente hedonistas y decadentes” [p. 179], es decir, sexo, salir por la noche u otros placeres de elites más sofisticadas. Constituye una ironía pensar que estas palabras proceden del teclado de una *persona* que describía como las mujeres lo abandonaban porque él no buscaba en ellas una relación estable, sino un trasunto de tipo objetivo y a quien sólo la muerte de su lobo le dejó sin beber alcohol más de uno o dos días [p. 217] en aquel periodo. Pero quedemos con la lección hecha a partir de la observación de su animal: “la felicidad no es un sentimiento: es una forma de ser. Si nos centramos en los sentimientos, nos perderemos lo esencial” [p. 191].

Seguidamente, Rowlands dedica un capítulo a narrar cómo su lobo estuvo a punto de fallecer. Tuvo que ejercer de modo resignado y paciente de enfermero sufrido y curar sus heridas infectadas y desagradables. La experiencia le sirve para meditar kantianamente sobre la amistad y el amor. El amor tiene muchas caras y, si uno ama, ha de ser sobradamente valiente para contemplarlas todas. “La esencia de la *philia* es, creo yo, mucho más dura y mucho más cruel de lo que nos gustaría admitir. Hay algo sin lo cual la *philia*,

no puede existir, y no tiene que ver con los sentimientos, sino con la voluntad: la *philia* es la voluntad de hacer algo por quienes forman parte de nuestro grupo aunque no queramos hacerlo de ninguna manera, aunque nos horrice y nos asquee, aunque tengamos que pagar un precio muy elevado, tal vez más de lo que podamos soportar. Lo hacemos porque es lo mejor para ellos; lo hacemos porque tenemos que hacerlo” [p. 214].

El contenido de la felicidad se aviva en el capítulo “La flecha del tiempo”. Las ideas epicúreas y wittgenstenianas señalan que la muerte está fuera de la vida por lo que no debería ser motivo de desazón para el ser humano. Sin embargo, constata nuestro pensador, la realidad evidencia otra línea. ¿A qué se debe? La temporalidad humana está constituida por la flecha del tiempo. Esto implica que vive su existencia en base a proyectos y objetivos. La muerte es causante de angustia porque impide su desarrollo; así, nuestro futuro se dilapida con ellos [pp. 230-232]. El drama surge de una aporía de corte unamuniano: “cada uno de nosotros es un ser-futuro, y aquí es donde reside la posibilidad de que nuestra vida tenga sentido. Pero también somos seres-mortales. La flecha del tiempo es a la vez nuestra salvación y nuestra condena, de manera que nos vemos atraídos y repelidos a la vez por la trayectoria de esa flecha” [p. 238].

La solución a tal paradoja proviene del cambio en la concepción del tiempo: “el sentido de la vida se encuentra en momentos” [p. 246]. Resulta lamentable que este ético haya tenido que hacer su descubrimiento en la experiencia con su lobo cuando está inscrita desde hace siglos en las filosofías del romanticismo de Jena, Bergson, Heidegger, María Zambrano o los modos hebraicos de intuir la realidad temporal. Sencillamente, habría que haber indagado en la diferencia entre *chronos* y *kairos* o tiempo cuantitativo y cualitativo.

El último capítulo profundiza en la idea anterior: ¿Qué significa la consideración del tiempo como momentos? Acarrea la idea de que cada instante es una eternidad en sí mismo y la de que si el sujeto consigue respirarlo en plenitud, olvidará el resto de los puntos temporales y, por consiguiente, el problema de la muerte. Los momentos, para el lobo, son completos en sí mismos, no sucede lo mismo para el simio ni para el ser humano. Por eso, perdemos más cuando nos dicen que tenemos un cáncer terminal porque se afecta todo nuestro tiempo, es decir nuestro presente queda clausurado ante la percepción subjetiva de un futuro inexistente [p. 254].

La argumentación anterior incide de modo radical en el sentido de la vida. Si la ciframos en los proyectos, estos acaban con nuestro último suspiro. Como espetaría el protagonista de *Niebla* a su creador: usted morirá por ser humano; pero yo, al ser un personaje, volveré a ser recreado en el imaginario de cada lector; su esencia perecerá, la mía por ser ente de ficción se perpetuará. Cuando el sentido de la vida reside en los momentos, la eternidad es posible porque cada momento será imperecedero (o atemporal). Para el lobo, un atardecer, una pelea o un apareamiento son eternos porque vive cada

instante en una atemporalidad total, puesto que no mirar al futuro o al pasado. Nuestro filósofo lupino traza la experiencia en los siguientes términos: “abrazamos el momento. Voy a morir, pero en este momento me siento bien y me siento fuerte. Y voy a hacer lo que quiera. Este momento es completo en sí mismo y no precisa de justificación” [p. 271].

Se nos antoja la reflexión de *El filósofo y el lobo* como una vuelta de tuerca al *Discurso de la Academia de las Artes y las Ciencias* de Rousseau. Sus argumentos nos espolean y alientan a invitarle a que cada Brenin sea sustituido por otro y que abandone a la especie humana, que, probablemente, esté más tranquila sin él, queremos decir con esto, que su provocación surte efecto en el lector. Sin embargo, hay que reconocer a Rowlands, rescatado después de casarse y tener dos hijos (uno de ellos nacido después de que escribiera su obra), nos ha legado una obra desafiante con un ritmo fílmico que la hace atractiva al lector desconocedor de la filosofía. Queda claro que nos resistimos a muchos de sus argumentos, algunos por escasos en evidencias, otros por reduccionistas y otros porque cree descubrir grandes verdades cuando hacía siglos que ya habían sido pensadas.

Le reconocemos su potencial divulgador y su valentía para relatar una experiencia indecente, esto es, filosófica: sentenciaba Ortega y Gasset que la filosofía era la más indecente de las disciplinas porque dejaba las realidades en las “puras carnes”, en su desnudez íntima.

Sólo deseamos a Rowlands que las enseñanzas de Brenin sean penetrantes para que así pueda hacer honor al recuerdo de su *mascota*: “La forma más importante de recordar a alguien es siendo la persona en que ese alguien nos convirtió – al menos, en parte– y viviendo la vida que contribuyó a forjar” [p. 61].

José Barrientos Rastrojo

Departamento de Metafísica

Universidad de Sevilla, c/ Camilo José Cela, s/n, 41018 Sevilla

E-mail: barrientos@us.es

Amazing Traces of a Babylonian Origin in Greek Mathematics, de JÖRAN FRIBERG, SINGAPUR, WORLD SCIENTIFIC, 2007, 496 pp.

Jöran Friberg, actualmente Profesor Emérito en el Departamento de Matemáticas de la Universidad Chalmers de Tecnología, o Chalmers Tekniska Högskola, de Göteborg (Suecia), es uno de los historiadores más relevantes en el área de las matemáticas que tuvieron su origen en la Antigua Babilonia.